

SABIDURÍAS ECOLÓGICAS

Víctor M. Toledo
Victoria Reyes-García
Erik Gómez-Baggethun
Elizabeth Bravo
Narciso Barrera-Bassols
Marta Astier
Quetzalcóatl Orozco
Eckart Boege Schmidt
Monica Di Donato
Pedro L. Lomas
María Novo

Entrevista

Serge Latouche



INTRODUCCIÓN 5

ENSAYO

- La racionalidad de la economía capitalista y la vida digna de las personas** 11
Alejandro Mora Rodríguez
-

ESPECIAL:

Conocimiento tradicional: MEMORIA DE LA ESPECIE HUMANA

- ¿Por qué los pueblos indígenas son la memoria de la especie?** 27
Victor M. Toledo
- Conocimiento ecológico tradicional para la conservación: dinámicas y conflictos** 39
Victoria Reyes-García
- Perspectivas del conocimiento ecológico local ante el proceso de globalización** 57
Erik Gómez-Baggethun
- Biopiratería o “buen vivir”. El caso de Ecuador** 69
Elizabeth Bravo
- Saberes locales y defensa de la agrobiodiversidad: maíces nativos vs. maíces transgénicos en México** 77
Narciso Barrera-Bassols, Marta Astier, Quetzalcóatl Orozco y Eckart Boege Schmidt
- Amayuelas de Abajo: hacia el rescate de las sabidurías tradicionales en el mundo rural** 93
Monica Di Donato y Pedro L. Lomas
- Ciencia y arte: el abrazo necesario** 103
María Novo

SUMARIO

PANORAMA

- La Constitución boliviana y la refundación del estado.
Un análisis político** 117
Íñigo Errejón Galván
- Pobreza, medioambiente y desarrollo sostenible** 129
Nicolás Angulo Sánchez
- Política agraria: subvencionar a los ricos, arruinar
a los pobres** 141
Antón Novas
-

PERISCOPIO

- Manifiesto. Cumbre Mundial de la Paz** 153
-

ENTREVISTA

- Decrecimiento o barbarie. Entrevista a
Serge Latouche** 159
Monica Di Donato
-

LIBROS

- Filosofía del cuidar. Una propuesta coeducativa
para la paz** de Irene Comins Mingol 173
Belén Dronda
- La memoria biocultural. La importancia ecológica
de las sabidurías** de Víctor M. Toledo y Narciso
Barrera-Bassols 177
Pablo Alarcón-Cháires
- Toward Cosmopolitan Democracy**
de Daniele Archibugi 179
Tiziana Torresi

Perspectivas del conocimiento ecológico local ante el proceso de globalización

Los sistemas de conocimiento ecológico local están inmersos en un evidente proceso de erosión. Su declive está en gran medida ligado a la creciente integración de las actividades agro-silvo-pastoriles en mercados cuyas demandas de beneficio y productividad a corto plazo han encontrado mejor acomodo en la técnica y la ciencia académica que en el saber empírico de los campesinos. En las dos últimas décadas se viene prestando una atención creciente al conocimiento ecológico tradicional por su potencial en el mantenimiento de la diversidad biológica y en el manejo sostenible de los recursos naturales. No obstante, el presente artículo plantea que, más allá de los nichos que el conocimiento tradicional pueda encontrar en las políticas de conservación, su preservación en el largo plazo está supeditada a la superación del proceso desarrollista que lo ha relegado a la marginalidad.

La economía de las sociedades rurales premodernas se ha caracterizado por la organización en explotaciones de subsistencia, con sistemas del manejo del medio basados en los saberes locales. Este tipo de saberes, a menudo referidos como conocimiento ecológico local o conocimiento ecológico tradicional (expresiones que se utilizarán de manera indistinta a lo largo de este artículo), puede entenderse como “un cuerpo acumulativo de conocimiento, prácticas y creencias [...], transmitido culturalmente a través de generaciones, sobre la relación de los seres vivos entre sí (incluidos los humanos) y con su medio ambiente”.² El presente artículo hace un breve recorrido sobre el estado y perspectivas del conocimiento ecológico tradicional, indagando en las causas que se encuentran tras su declive y evaluando cuáles son sus posibilidades de pervivir frente al avance de la globalización económica.

Erik Gómez-Baggethun¹ es investigador del Laboratorio de Socio-Ecosistemas del Departamento de Ecología de la Universidad Autónoma de Madrid

¹ Agradezco a Victoria Reyes-García, del Laboratorio de Etnoecología (ICTA), los comentarios realizados a un borrador previo de este artículo.

² F. Berkes, “Traditional ecological knowledge in perspective”, en J. T. Inglis (Ed.), *Traditional ecological knowledge: Concepts and Cases*, Canadian Museum of Nature and the International Development Research Centre, Ottawa, 1993.

Redescubriendo el conocimiento ecológico tradicional

Durante mucho tiempo, la actitud que ha mostrado la ciencia formal hacia el conocimiento ecológico tradicional ha sido de desinterés. Sólo recientemente, y en el contexto de la creciente preocupación por la crisis ecológica,³ algunas ramas del saber académico tales como la etnoecología han empezado a prestar una atención significativa a los saberes ecológicos tradicionales.⁴ Desde que la academia empezase a dirigir atención al conocimiento ecológico local en la década de 1980, las diferencias y similitudes entre los saberes tradicionales y la ciencia formal han sido objeto de numerosas discusiones. Se ha señalado que la ciencia formal está constituida principalmente por conocimiento experimental, mientras que los saberes ecológicos tradicionales son de carácter eminentemente experiencial. A diferencia del conocimiento desarrollado por técnicos, científicos e ingenieros, proclive a la extrapolación de conocimientos a distintos tiempos y lugares, el conocimiento ecológico tradicional se desarrolla *in situ* mediante ensayo y error por los propios usuarios de recursos naturales, generando modelos de manejo adaptativos amoldados a las particularidades de los ecosistemas locales. Los saberes tradicionales evolucionan mediante una combinación de conocimiento ecológico acumulativo y un proceso de aprendizaje que se reajusta ante los errores detectados y las situaciones de crisis.⁵ Banuri y Apffel Marglin señalan como rasgos esenciales del conocimiento tradicional el acoplamiento con las idiosincrasias culturales y ecosistemas locales, la no separación de la naturaleza y los enfoques no utilitaristas en la interacción con el medio, características que contrastan con el universalismo, la concepción dicotómica naturaleza-cultura y la percepción utilitaria de la naturaleza que subyace a la ciencia académica apuntalada en tiempos de la Ilustración.⁶ La concepción dicotómica naturaleza-cultura acompañada de aproximaciones sectoriales al manejo del medio ha sido apuntada como una de las causas subyacentes al deterioro ecológico que suele ir aparejado en el largo plazo a los enfoques científico-técnicos de manejo de recursos naturales.⁷ Desde las llamadas ciencias de la sostenibilidad se ha criticado a la ciencia moderna por sus presuntas carencias a la hora de estudiar de forma integrada las interacciones entre sociedad y naturaleza. Por ejemplo, la agronomía y la economía de los recursos naturales

³ Para una síntesis de las aplicaciones de los saberes tradicionales en la conservación véase Victoria Reyes-García, "El conocimiento ecológico tradicional para la resolución de problemas ecológicos contemporáneos", *Papeles*, n° 100, 2008, pp. 109-116.

⁴ Victor M. Toledo, "Ethnoecology: a conceptual framework for the study of indigenous knowledge of nature", en J. R. Stepp, F. S. Wyndham y R. Zarger (Eds.), *Ethnobiology and Biocultural Diversity*, International Society of Ethnobiology, Bristol, Vermont, 2002.

⁵ F. Berkes, J. Colding y C. Folke "Rediscovery of traditional knowledge as adaptive management" *Ecological Applications*, 5, 2000, pp. 1251-1262.

⁶ I. J. Davidson Hunt y F. Berkes, "Nature and society through the lens of resilience: toward a human-in-ecosystem perspective", en F. Berkes, J. Colding y C. Folke (Eds.), *Navigating Social-Ecological Systems: Building Resilience for Complexity and Change*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003.

⁷ C. S. Holling y G. K. Meffe, "Command and Control and the pathology of resource management", *Conservation Biology*, n° 10, 1996, pp. 328-337.

han desarrollado sistemas de manejo capaces de optimizar la producción y el beneficio económico en el corto plazo, mientras que la ecología, la edafología y la hidrología han ido detectando un número creciente de casos en los que la explotación de dichos sistemas deteriora la estructura y funcionamiento de los ecosistemas. Unas disciplinas y otras permanecen así en lógicas distintas que llevan a conclusiones dispares y mutuamente excluyentes, sin que se estén dedicando grandes esfuerzos a llevar a cabo una integración coherente de los distintos campos del saber. En el contexto de la búsqueda de enfoques integradores para el manejo del medio se viene prestando una atención creciente al conocimiento ecológico tradicional por su carácter holístico. La visión integrada naturaleza-cultura que subyace al conocimiento tradicional ha facilitado la modulación de paisajes multifuncionales, capaces de generar diversos bienes (alimento, leña, caza, material de construcción) y servicios ambientales (agua y aire limpio, regulación del clima, control de la erosión), que a menudo coexisten con altos niveles de biodiversidad e integridad ecológica.

La pérdida del conocimiento ecológico tradicional es el resultado de un prolongado proceso de erosión de las estructuras sociales, políticas e institucionales que han sostenido los sistemas locales de gestión de recursos

El declive de los sistemas de conocimiento local y tradicional

La pérdida del conocimiento ecológico tradicional es el resultado de un prolongado proceso de erosión de las estructuras sociales, políticas e institucionales que han sostenido los sistemas locales de gestión de recursos naturales. Los factores que actúan tras esta erosión abarcan desde factores concretos como los cambios de usos del suelo, la pérdida de dialectos locales, la aculturación y la escolarización, hasta impulsores de cambio más generalizados como la industrialización, el éxodo rural, la integración en los mercados y los procesos de homogeneización sociocultural ligados a la globalización.⁸ La pérdida de conocimiento ecológico tradicional ha sido también estudiada y documentada en España. Estudios realizados en lugares como la sierra de Madrid⁹ y el entorno de las marismas de Doñana¹⁰ han llegado a conclusiones parecidas, a saber, que el conocimiento ecológico tradicional persiste fundamentalmente en las generaciones de mayor edad siendo limitado su relevo generacional por su difícil adaptabilidad a la economía mercantilizada.

⁸ N. J. Turner y K. Turner, "Where our women used to get the food: cumulative effects and loss of ethnobotanical knowledge and practice; case study from coastal British Columbia", *Botany*, nº 86, 2008, pp. 103-115.

⁹ J. C. Barrios, M. T. Fuentes y J. P. Ruiz, *El saber ecológico de los ganaderos de la Sierra de Madrid*, Comunidad de Madrid, Madrid, 1992.

¹⁰ E. Gómez-Baggethun, S. Mingorría, V. Reyes-García, L. Calvet y C. Montes, "Traditional ecological knowledge trends in the transition to a market economy: empirical study Doñana", *Conservation Biology*, en prensa.

En la actualidad los sistemas vivos de conocimiento ecológico tradicional perduran principalmente en las culturas indígenas y en las economías de subsistencia situadas en la periferia de la globalización económica. Sin embargo, la escasa literatura científica que ha abordado el conocimiento tradicional en el mundo industrializado indica que también en estos países perviven algunas bolsas significativas, si bien decrecientes, de conocimiento ecológico tradicional. Dicha pervivencia ha sido documentada incluso en las ciudades, entre comunidades de migrantes¹¹ y movimientos vecinales ligados a los huertos urbanos.¹² No obstante, los mayores depositarios de los saberes tradicionales son los habitantes de las zonas rurales.

Sin concedores no hay conocimiento: la crisis del campesinado

Durante milenios, la clase social que ha actuado como principal productor y transmisor del conocimiento ecológico local en Europa ha sido el ahora casi extinto campesinado. Eduardo Sevilla Guzmán y Manuel González de Molina identifican este grupo social con “una forma de manejar los recursos naturales vinculada a los agroecosistemas locales y específicos de cada zona utilizando un conocimiento sobre dicho entorno condicionado por el nivel tecnológico de cada momento histórico y el grado de apropiación de dicha tecnología”.¹³ La pérdida del conocimiento ecológico local en Europa no puede entenderse al margen del declive de la cultura campesina.

La lógica desarrollista apuntalada durante la modernidad ha constituido un vector fundamental en la desarticulación de los modelos territoriales, las instituciones y las formas de vida sobre las que se sostenían los sistemas tradicionales de manejo de recursos. Si bien algunos autores sitúan los orígenes de este proceso de declive en la Edad Media,¹⁴ no es hasta la época de la Ilustración cuando dicho proceso adquiere un carácter determinante. En dicha época se diseñarían las pautas de pensamiento que la Revolución Francesa (extendida al resto del continente por los ejércitos napoleónicos) y después la industrial se encargarían de llevar a la práctica en los planos político y económico respectivamente, apuntalando la centralización y el aumento de la producción como principios rectores fundamentales de la política económica. El avance del liberalismo en el continente europeo supuso una expansión de las instituciones que afianzan la sociedad de mercado, en parti-

¹¹ A. L. Pieroni, N. Houlihan, B. Ansari, Hussain y S. Aslam, “Medicinal perceptions of vegetables traditionally consumed by South-Asian migrants living in Bradford”, *Journal of Ethnopharmacology*, n° 113, 2007, pp. 100-110.

¹² E. Andersson, S. Barthel y K. Ahmé, “Measuring social–ecological dynamics behind the generation of ecosystem services”, *Ecological Applications*, Vol. 5, n° 17, 2007, pp. 1267-1278.

¹³ E. Sevilla Guzmán y M. González de Molina, *Sobre la evolução do conceito de campesinato*, Editora Expresao Popular/Via Campesina do Brasil, Brasília, 2005.

¹⁴ F. Rodrigo Mora, *Naturaleza, ruralidad y civilización*, Brulot, Madrid, 2008.

cular la propiedad privada, el trabajo asalariado y el mercado autorregulador. Tal y como observó el economista austro-húngaro Karl Polanyi el mercado acabaría absorbiendo los elementos fundamentales de la actividad económica: “Del hombre (bajo el nombre de trabajo) y de la naturaleza (bajo el nombre de tierra) se hacían mercancías disponibles, cosas listas para negociar que podían ser compradas y vendidas”.¹⁵

El declive de las instituciones locales: el caso de la propiedad comunal

En España, el declive del orden agrario tradicional adquiere un carácter definitivo a partir del último tercio del siglo XVIII. En esta época, la serie de medidas adoptadas por Carlos III para liberalizar el comercio y desarrollar el capitalismo en el campo harían entrar en crisis a las instituciones sobre las que históricamente se habían asentado los sistemas tradicionales y locales de gestión de recursos.¹⁶

Probablemente la más fundamental de estas instituciones es el sistema de propiedad comunal (o propiedad vecinal). La propiedad comunal ha sido a menudo confundida con “sistemas de libre acceso”, vulnerables a la sobreexplotación y a la economía de rapiña, tal y como fueron descritos en la célebre *Tragedia de los comunes* de Garret Hardin. No obstante, hoy sabemos que, lejos de caracterizarse por situaciones de libre acceso, los sistemas de propiedad comunal están generalmente regidos por complejos sistemas regulatorios.¹⁷ Con frecuencia esta regulación emana del derecho consuetudinario de tradición oral, derecho que al no estar plasmado en documentos escritos se hace poco visible a ojos de los investigadores. En los sistemas de propiedad comunal, los derechos de acceso y explotación de los ecosistemas pertenecen a los usuarios y habitantes locales, y por tanto el manejo de los mismos reposa principalmente sobre sistemas de conocimiento tradicional, desarrollados *in situ* y transmitidos culturalmente a través de generaciones.

La propiedad comunal en la Península Ibérica conoció su apogeo en la alta Edad Media, comenzando su declive a partir del siglo XIV. Este se aceleraría a partir del último tercio del siglo XVIII con la expansión de las ideas liberales y su puesta en práctica tras la promulgación de la Constitución de 1812. Según Félix Rodrigo Mora “para la totalidad del país, entre 1770 y 1859 resultaron descomunalizados unos 5,3 millones de hectáreas y otros 7 millones lo fueron por la aplicación de la ley (de desamortización) de 1855”.¹⁸ El papel de las dos

¹⁵ K. Polanyi, *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*, La piqueta, Madrid, 1977. El economista vienés utilizó el concepto “mercancías ficticias” para referirse críticamente a este fenómeno.

¹⁶ J. M. Naredo, *La evolución de la agricultura en España (1940-2000)*, Universidad de Granada, Granada, 2004, pp. 119-122.

¹⁷ E. Ostrom, *Governing the commons: the Evolution of Institutions for Collective Action*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.

¹⁸ F. Rodrigo Mora, *Op. Cit.*

grandes desamortizaciones del siglo XIX (en 1837 de bienes de la Iglesia y en 1855 de bienes comunales) en el proceso de descomunalización es también destacado por Daniel López, quien señala que éstas “permitirán que entre un 15% y un 20% del territorio español pase de propiedad comunal o pública a propiedad privada, estableciendo las bases del ‘capitalismo agrario’ que [...] dinamitarán el modelo de comunidades campesinas”.¹⁹

Con la sustitución de la propiedad comunal por sistemas de propiedad privada y estatal, la explotación de recursos naturales ha perdido el carácter de subsistencia y valor de uso para orientarse a los mercados y ponerse al servicio del valor de cambio. En palabras de Entrena Durán, la lógica de los planteamientos productivistas “conllevó el abandono de la cultura y práctica económico-productivas de la sociedad rural tradicional, una salida de su población a las ciudades y la erosión de las estructuras sociales y redes relacionales que articulaban como entidad social más o menos autárquica y comunitaria vinculada a un territorio específico”.²⁰

Conocimiento local y mercado global

El desmantelamiento de la cultura campesina en España se consuma en dos fases en la segunda mitad del siglo XX. La primera se corresponde con el intervencionismo en el campo y la industrialización promovida por el régimen de Franco, que resultaron en el masivo éxodo rural de los años 1950-1970. Es en esta época cuando se consolida la transición hacia la economía de mercado en España a través del Plan de Estabilización Económica de 1959. La segunda fase se corresponde con el periodo de la democracia parlamentaria, durante el cual los gobiernos que se han sucedido en el poder profundizan en las reformas económicas comenzadas en el periodo anterior y fortalecen la transición hacia la sociedad de mercado mediante las firmas de los tratados de Maastricht (1986) y de Lisboa (2001). No menos importantes han sido las políticas diseñadas desde la Unión Europea a través de la Política Agraria Comunitaria (PAC), cuya implementación haría que la lógica productivista se acabara haciendo omnipresente en la práctica totalidad de la actividad agropecuaria comunitaria.

En el plano global cabe destacar el papel realizado por las instituciones de Bretton Woods. En particular las directrices económicas trazadas a escala global desde la Organización Mundial del Comercio (anterior General Agreement on Tariffs and Trade, GATT en sus siglas en inglés) encaminadas a la liberalización del comercio global y los planes de ajuste estructural del Fondo Monetario Internacional (FMI), que han actuado como uno de los impulsores fundamentales de la transformación de las agriculturas de subsistencia en

¹⁹ D. López García, “¿Quién le está poniendo puertas al campo? Un vistazo sobre la evolución del campo español y las posibles tendencias en un futuro inmediato”, Asociación Malayerba (Coord.), *Colectividades y ocupación rural*, Traficantes de Sueños, Madrid, 1997.

²⁰ F. Entrena Durán, *Cambios en la construcción social de lo rural. De la autarquía a la globalización*, Tecnos, Madrid, 1998.

agriculturas para la exportación. Entre los hitos más importantes vinculados al declive del modelo de vida campesino durante la segunda mitad del siglo XX cabe destacar la “revolución verde, apadrinada por el Banco Mundial tras la cual se generaliza la aceleración forzada de la producción en el campo mediante insumos masivos de maquinaria, fertilizantes y herbicidas (con sus respectivos requerimientos de agua, materiales y energía). La creciente importancia de las multinacionales de la alimentación ha condicionado la viabilidad de la pequeña agricultura, extendiendo la racionalidad económico-empresarial en detrimento de la racionalidad campesina. En palabras de Galindo y colaboradores, “la organización de la agricultura y la ganadería a semejanza de una factoría industrial que se organiza científicamente para una producción en serie, [...] desplaza y desvaloriza el oficio del agricultor/a y su conocimiento de la naturaleza”.²¹

El conocimiento ecológico tradicional en Europa se ha visto a menudo atrapado *entre la espada del desarrollo y la pared de la conservación*. Esta combinación de culto a lo silvestre y fetichismo del crecimiento económico ha engendrado un sistema de ordenación territorial polarizado, en el que pequeños islotes verdes dedicados a la conservación afloran sobre una extensa matriz de territorios degradados al servicio del desarrollo

El conocimiento local entre la espada del desarrollo y la pared de la conservación

Aunque se han documentado casos en los que el conocimiento ecológico local ha conseguido coexistir con la apertura al mercado,²² los efectos erosivos que el desarrollo (en su concepción usual ligada a la idea de crecimiento) tiende a tener sobre los sistemas de manejo y conocimiento tradicional son lo suficientemente intuitivos para que no haga falta extenderse al respecto en este artículo. Menos intuitivos son los efectos que su antídoto predilecto, las políticas de conservación. Al seguir más las demandas ciudadanas de espacios verdes prístinos que las enseñanzas del mundo rural, las políticas de conservación a menudo tienden a diseñar espacios naturales protegidos que intentan ser mantenidos al margen del ser humano. Si bien este enfoque ha sido en ocasiones necesario para detener los estragos de la vorágine desarrollista, cabe argumentar que su aplicación se adecua más a los

²¹ P. Galindo (Coord.), *Agroecología y Consumo Responsable. Teoría y práctica*, Kehaceres, Madrid, 2006, p. 99.

²² V. Reyes-García, V. Vadez, T. Huanca, W. R. Leonard y T. McDade, “Economic development and local ecological knowledge: a deadlock? Quantitative research from a native Amazonian society”, *Human Ecology*, nº 35, 2007, pp. 371-377.

parajes semiprístinos de algunas zonas de Australia y Norte América que a los parajes milenariamente transformados que dominan el viejo continente europeo.²³ La extrapolación de este modelo de conservación a regiones dominadas por paisajes culturales resultado de la coevolución hombre-naturaleza ha acarreado en ocasiones en la prohibición de usos extensivos y sostenibles, y en la consecuente erosión de los sistemas de conocimiento que los sustentan. Podríamos expresarlo diciendo que el conocimiento ecológico tradicional en Europa se ha visto a menudo atrapado *entre la espada del desarrollo y la pared de la conservación*. Esta combinación de culto a lo silvestre y fetichismo del crecimiento económico ha engendrado un sistema de ordenación territorial polarizado, en el que pequeños islotes verdes dedicados a la conservación afloran sobre una extensa matriz de territorios degradados al servicio del desarrollo.

Perspectivas

La relevancia de los saberes ecológicos tradicionales es evidente en sociedades con economías de subsistencia situadas en la periferia de la globalización económica. Sin embargo, en los países industrializados y terciarizados los sistemas de manejo tradicional de recursos han sido relegados a una posición residual. Los principales depositarios del conocimiento tradicional en el Norte son ancianos que perviven en el mundo rural, cuyo saber es mantenido al margen de los procesos de producción y de toma de decisiones. Nos encontramos por tanto ante un periodo crítico en el que el flujo de saberes tradicionales desarrollados, acumulados, transmitidos culturalmente y actualizados durante siglos puede verse bruscamente interrumpido.

Los actuales intentos de frenar, detener o revertir el proceso de desaparición del conocimiento ecológico tradicional y los sistemas productivos que lo sustentan están siendo canalizados fundamentalmente desde dos ámbitos. El primero lo constituyen determinados sectores de las instancias académicas y conservacionistas. El segundo los movimientos sociales.

Iniciativas institucionales

El interés que los saberes populares han despertado en determinadas instancias académicas y gubernamentales surge al calor de la moderna ola conservacionista por las sus posibles aplicaciones en la preservación de la biodiversidad y en el manejo sostenible de recur-

²³ C. Fernández-Delgado, "Conservation management of a European natural area: Doñana National Park, Spain", en M. J. Groom, G. K. Meffe y C. R. Carroll (Eds.), *Principles of conservation biology*, Sinauer Associates, Massachusetts, 2005.

tos naturales.²⁴ Partiendo de la idea de que el conocimiento ecológico tradicional estaba infravalorado, la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN) creó en la década de 1980 un activo grupo de trabajo que consiguió atraer el interés hacia dichos sistemas de conocimiento mediante la elaboración de publicaciones y la organización de talleres.²⁵ Desde comienzos de la década de 1990, el conocimiento ecológico tradicional ha recibido un cierto aval por parte de las instancias de la conservación internacional. El artículo 8(j) del Convenio de Diversidad Biológica puesto en marcha con la cumbre de Río de Janeiro en 1992 es un ejemplo de ello. Posteriormente, la conferencia de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), celebrada en Budapest en 1999, y la Evaluación de Ecosistemas del Milenio, apadrinada por la Comisión de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, han puesto de relieve la importancia de los saberes tradicionales en la conservación.²⁶

Bajo el orden económico actual, el conocimiento ecológico tradicional sólo puede pervivir de forma residual, al amparo de subsidios estatales que sumen al mundo rural en el asistencialismo

Iniciativas desde los movimientos antagónicos

Bajo el orden económico y sociopolítico actual, el conocimiento ecológico tradicional sólo puede pervivir de forma residual, ya sea de forma desnaturalizada en pequeños nichos de mercado como la agricultura ecológica y el turismo rural-gastronómico, o al amparo de subsidios estatales que sumen al mundo rural en el asistencialismo y desarticulan su tejido socioeconómico. La preservación de los sistemas de manejo y conocimiento ecológico local en el largo plazo está supeditada a la superación del proceso desarrollista que los ha relegado a la marginalidad. En este sentido, cobran especial interés los movimientos que luchan por extraer el alimento y los sistemas ecológicos de soporte vital de la órbita del capital y del Estado, con objeto de ponerlos bajo control popular. Los movimientos populares contra los procesos de modernización han estado presentes desde el principio de la revolución industrial. En sus comienzos adoptaban generalmente la forma de reivindicaciones sindicales, como en el caso del movimiento de destrucción de máquinas conocido como "ludismo", que todavía hoy encuentra resonancia en movimientos que ven un estado de alienación en la sociedad técnico-industrial.²⁷

²⁴ F. Berkes, *Sacred ecology: traditional ecological knowledge and resource management*, Taylor & Francis, Filadelfia, 1999.

²⁵ R. E. Johannes (Ed.), *Traditional Ecological Knowledge: a Collection of Essays*, International Conservation Union (IUCN), Gland, 1989.

²⁶ W.V. Reid, F. Berkes, T. Wilbanks y D. Capistrano (Eds.), *Bridging scales and local knowledge in assessment*, Island Press, Washington DC, 2006.

²⁷ S. E. Jones, *Against Technology: From the Luddites to Neo-luddism*, Routledge, 2006.

Una de las corrientes que recoge esta línea de crítica al modelo productivo técnico-industrial la encontramos en el emergente movimiento agroecológico, en el que de manera creciente confluyen movimientos rurales y urbanos. Si los primeros se articulan principalmente a través del sindicalismo agrario y los movimientos campesinos por la soberanía alimentaria, los últimos han encontrado expresión a través de grupos ecologistas, cooperativas de consumo y movimientos políticos de economía autogestionaria.²⁸ A estos hay que sumar el incipiente movimiento neorrural surgido en la década de 1980 y constituido por personas que abandonan las ciudades para asentarse en el campo, a menudo poniendo en marcha proyectos de rehabilitación y dinamización en pueblos abandonados o deprimidos.²⁹ En consonancia con esta línea, más recientemente ha comenzado a adquirir una atención creciente el movimiento por el decrecimiento.³⁰ Partiendo de una crítica a la sociedad de la opulencia, el movimiento por el decrecimiento aboga por una reducción de la escala de la economía y su redefinición bajo modelos productivos más descentralizados que permitan superar las contradicciones económico-ecológicas de la modernidad. La idea del decrecimiento presenta un gran potencial como proyecto aglutinador de los movimientos sociales que desde distintas ópticas abogan por la ruptura con la lógica acumulativa del capital.

Por último cabe señalar que no es en el Norte sino en el Sur donde los movimientos de resistencia al modelo de producción técnico-industrial han adquirido una mayor capacidad transformadora. Ejemplos representativos son el movimiento Chipko en la India, el Movimiento de los Trabajadores sin Tierra (MST) de Brasil, los movimientos contra la privatización del agua en Bolivia o las recientes movilizaciones indígenas que llevaron a la suspensión por parte del Gobierno peruano de un decreto legislativo promulgado con vistas a la adecuación a las condiciones exigidas por el Tratado de Libre Comercio con EEUU. Este conjunto de movimientos sociales de carácter telúrico y articulados desde lo local constituyen lo que Joan Martínez Alier ha denominado “ecologismo de los pobres”³¹ o “neopopulismo”.³² La base de su argumentación radica en la observación de que, cualquiera que sea el idioma en que se expresen, dichos movimientos están relacionados con

²⁸ Algunas de estas experiencias organizativas han sido documentadas en las siguientes obras: D. López García y A. López-López, *Con la comida no se juega. Alternativas autogestionarias a la globalización capitalista desde la agroecología y el consumo*, Traficantes de sueños, Madrid, 2003; P. Galindo et al. *Op. Cit.*; D. López García y M. Badal Pijuan (Coords.), *Los pies en la tierra. Reflexiones y experiencias hacia un movimiento agroecológico*, Virus, Bilbao, 2006.

²⁹ B. Kayser, “De la ciudad al campo: el fenómeno social neorruralista en España”, *Política y sociedad*, nº 9, 1991, pp. 73-86.

³⁰ Entre la literatura que está emergiendo con rapidez en este campo, véase por ejemplo C. Taibo, *En defensa del decrecimiento. Sobre capitalismo, crisis y barbarie*, La Catarata, Madrid, 2009.

³¹ J. Martínez Alier, *De la economía ecológica al ecologismo popular*, Icaria, Barcelona, 1992; J. Martínez Alier, *El ecologismo de los pobres*, Icaria, Barcelona, 2005.

³² Para una aclaración de la diferencia entre el sentido original del término populismo (proveniente del movimiento agrario *narodnista* ruso del siglo XIX) y aquél de connotaciones peyorativas extendido por los medios de comunicación, véase, aparte de las obras citadas de J. Martínez Alier, A. Sevilla Guzmán, “Redescubriendo a Chayanov: hacia un neopopulismo ecológico”, *Agricultura y Sociedad*, nº 55, abril-junio 1990, pp. 201-237, o la exposición más sintética de F. Fernández Buey, “Sobre populismos”, *El País*, 8 de mayo de 2007.

luchas por las necesidades ecológicas para la vida, tales como la energía, el agua y la tierra, y porque tratan de sacar los recursos naturales de la esfera económica y de la racionalidad mercantil.

A modo de reflexión

Más allá de los nichos que el conocimiento tradicional pueda encontrar dentro del actual orden económico, la preservación de los saberes tradicionales y de los sistemas productivos que los sostienen está supeditada a la transformación estructural de la sociedad técnico-industrial. La generación de alternativas frente al proceso desarrollista impulsado por la modernidad no debe partir de la nostalgia del pasado, ni de la idealización romántica de la sociedad rural tradicional, ni de una crítica indiscriminada de la tecnología. El desafío radica en saber extraer y combinar los aciertos de los sistemas de conocimiento y producción de la sociedad pasada y presente como ingredientes a ser añadidos a la construcción de una sociedad capaz de coevolucionar en armonía con los sistemas ecológicos que la sustentan. El emergente movimiento por el decrecimiento ofrece un interesante marco para la reflexión y la puesta en práctica de modelos que permitan caminar hacia dicha sociedad.